

La Oración en espíritu y verdad

Juan Manuel del Río

Por encima de la propia voluntad.

El ser humano acude a la oración de modo instintivo. Y no precisamente desde formularios prefabricados, sino desde su misma realidad, como un ser que se siente a sí mismo desvalido, indigente, desprotegido, necesitado. Los formularios de oración corresponden a una etapa posterior, según el desarrollo evolutivo de sus apetencias, actitudes, aficiones, educación humana y religiosa, etc.

El ser humano ha buscado, busca y buscará siempre, un algo que le trascienda. Si es creyente, ese “algo” será Dios. Si no lo es, posiblemente no le dé nombre. Incluso, puede que se empeñe en decir que no cree en Dios ni en nadie. Ni siquiera entonces podrá liberarse de acudir, instintivamente, a algo o alguien, impalpable, pero superior a él. Esto es en razón de que genéticamente está programado para la transcendencia. Y esto no depende de él. Hay fuerzas y realidades que le superan. De las que no se puede liberar. Por eso, bastaría este solo dato para que cualquier persona medianamente inteligente se dé cuenta de que, por más que se empeñe, es imposible negar la transcendencia. Otra cosas será si a esta “transcendencia” le da el nombre de Dios o no.

Este grito ahogado que hay en el ser humano, que clama inexorablemente por algo superior a él, ya es oración. La más elemental, la más primaria quizá, pero oración.

La oración es comunicación.

En efecto, la oración es comunicación. Y por lo mismo, necesidad. Alguien que se estuviera ahogando en medio de un río, o en el mar, instintivamente agita sus brazos, todo su ser, como queriendo salir de sí mismo, buscando ese “alguien” que le pueda sacar del apuro, que le pueda salvar.

La oración es también agitar todo el ser en actitud de búsqueda. La oración es búsqueda. Porque es comunicación. Y la comunicación, por consiguiente, es búsqueda.

En este sentido no se necesita ningún formulario. Los formularios son buenos para rezar, no para orar. Que una cosa es rezar y otra orar. Rezar puede rezar una simple grabadora a la que previamente se le ha insertado un cassette o un disquet con un formulario religioso, como puede ser el rosario, por ejemplo.

Por el contrario, la oración no va a consistir en repetir mecánicamente palabras, rezos, fórmulas, esquemas, etc. Va a consistir en abrir todo el ser a lo trascendente, a Dios. Va a consistir en sintonizar con la divinidad.

Cuando Cristo, Él que era hombre de oración permanente, habla de la oración, llega a decir que el culto que hemos de dar a Dios ha de ser en espíritu y en verdad.

Cierto que en la sinagoga leía la Palabra de Dios, como vemos por ejemplo en el capítulo 4 de san Lucas. Pero la Palabra proclamada ya sea en la sinagoga, en un templo, o en cualquier otra parte, no es un rezo, ni es una fórmula estereotipada. Es una proclamación, por consiguiente un ponerse en sintonía con Dios, ya sea en la pluralidad de una comunidad que cree, glorifica y adora a Dios; ya sea en la intimidad o privacidad de uno mismo. Las cosas no cambian. Es oración.

Cristo modelo de oración.

La oración, por ser comunicación, hay que hacerla desde la más absoluta confianza. Igual que un amigo habla con otro amigo, o un hijo con su padre o con su madre.

Cristo hablaba con su Padre Dios, en primer lugar, porque se sentía y se sabía Hijo. Por consiguiente un Dios cercano, familiar, acogedor, amigo. Su oración era filial.

Cristo hablaba con su Padre Dios, siempre. La oración es comunicación, es amor. A la persona amada no se la quiere a ratos programados. Se la quiere siempre. Tampoco respiramos a ratos. Respiramos siempre, aunque lo hagamos inconscientemente.

Algo así sucede con la oración. No se necesita estar en acto reflejo continuo pensando: estoy en oración, estoy en oración. Tampoco el corazón se mueve a base de decirle: muévete, muévete. Hace su labor imprescindible sin necesidad de recibir órdenes. La oración es el corazón de la comunicación con Dios, del amor a Dios. El amor tampoco necesita estar recibiendo órdenes de amar. No sería amor.

La oración es cuestión de amor. Y el amor unifica voluntades. “No se haga mi voluntad sino la tuya” (Mt 26,39). Dos personas que se aman no buscan hacer su propia voluntad, sino la de la persona amada. Dios es amor. Y Cristo y Dios son la misma cosa. Cristo ha venido al mundo para hacer entrega total de sí mismo al Padre. Su entrega culmina en el sacrificio de la cruz, que es el acto supremo de su oración, consistente en la entrega total de sí mismo. La oración es entrega. El modelo perfecto de entrega, por consiguiente de oración, es Cristo.

La oración en espíritu y verdad.

Siendo la Iglesia la prolongación de Cristo en el tiempo, en el aquí y ahora del mundo, es decir, en nosotros mismos, ella también continúa esta intransferible realidad de la oración. Que no puede ser otra, sino la oración de Cristo.

Pero la Iglesia prolonga la oración de Cristo en la forma mediadora de la liturgia, sobre todo en la Eucaristía y en los demás sacramentos.

Por ser prolongación de la oración de Cristo, la Iglesia necesita hacer que la oración tenga las mismas cualidades que la de Cristo: que sea una oración filial, continua, donde haya una entrega y sintonía total con la voluntad de Dios.

Toda la liturgia, oración oficial de la Iglesia, debe realizarse con Cristo, en Él y por Él. El Padre Dios acepta y ama a Cristo, su Hijo; en consecuencia, todo lo que vaya vinculado a Cristo, por parte nuestra, será aceptado por el Padre.

De ahí que Cristo dijera: “Lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo concederá” (Jn 16,23).

A nivel individual, al ser cada cristiano miembro de la Iglesia, ora y ama al Padre Dios también con la Iglesia. Toda oración, por muy en privado que se haga, está en sintonía con toda la Iglesia.

Así, la lectura asidua de la Palabra de Dios ayudará a sintonizar con Dios. La Palabra es oración; es alimento necesario, igual que los Sacramentos.

Cuando al igual que los apóstoles, nos miramos a nosotros mismos, y nos damos cuenta de que no sabemos orar, lo mejor será acudir, como ellos, a Cristo y decirle: “Señor, enséñanos a orar...” (Lc 11,1). Y Cristo nos enseñará a orar en espíritu y en verdad.

Es magnífica la escena que presenta el evangelio, el encuentro en el brocal del pozo de Jacob, de Cristo con la samaritana. Cristo le pide agua. Pero más allá del agua material, que también, le estaba sobre todo pidiendo más formalidad de vida. Cuando la mujer intuye que Cristo es algo más que un simple caminante que tiene sed y por eso pide agua, y que, además y es lo que le admira, él ofrece otra Agua, de inmediato desvía la conversación hacia el sentido religioso de la vida: “Nuestros padres adoraron a Dios en este monte...” (Jn 4,20).

¿Era una forma de evasión para que Cristo no siguiera ahondando en su vida íntima y personal, ya que estaba dando muestras sorprendidas de conocerla mejor que ella misma? Sin duda.

Optó por la evasión, sin darse cuenta que caía en la trampa que Cristo le estaba tendiendo. Y Cristo acepta la presunta evasión. Va derecho al grano y le dice:

“Llega la hora en que, ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre... Llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad” (Jn 4, 21-24).